

ANTIGUEDADES Y BELLEZAS DE VALENCIA.

Colegio Andresiano é Iglesia de las Escuelas Pias.

II.

SIN embargo, como á toda sociedad naciente y en oposicion á ciertas rutinas difíciles de desarraigar, la esperaban los mas recios embates con que la envidia, pasion villana de todos los paises, se proponia destruir ó por lo menos desconceptuar el instituto; pero el beato José, que con sus amables virtudes lo habia cimentado durante su vida, debia protegerle mas eficazmente trasladado junto al trono del Eterno: así que las maquinaciones de sus detractores sirvieron para darla aun mayor realce, y especialmente prosperaron las fundaciones realizadas en el reino de Aragon, á que puede decirse se hallaban circunscritas las de la Península, y donde por una parte el espíritu de provincialismo bien entendido, y por otra la veneracion á su ilustre fundador, hicieron tocar las ventajas de aquella clase de educacion tan cristiana y gratuita no conocida hasta entonces.

De esta suerte träscurrió casi un siglo sin que los padres de las Escuelas Pias, fieles imitadores de su santo patriarca, ajenos á toda ambicion pensasen en nuevas fundaciones, cuando con motivo de las proyectadas bodas del señor D. Joaquin de Castellví y Escrivá de Hajar, hijo primogénito del egregio señor D. Felipe Lino de Castellví, conde de Carlet (1) con la señora Doña Manuela Idiaquez, hija del Excmo. señor duque de Granada de Ega (2), pasaron aquellos señores á la ciudad de Zaragoza en los primeros dias del mes de Diciembre del año 1785, con el objeto de visitar á la Santísima Imágen de nuestra Señora del Pilar, y concluir los tratados matrimoniales. Desde los primeros dias de su llegada observaron que unos clérigos vestidos pobre y sencillamente con una sotana de paño negro, bonete y una caña en la mano dirigian á una multitud de niños que iban recogiendo de sus casas para llevarlos á las escuelas y devolverlos luego con el mismo órden por mañana y tarde; admiraron la modestia y compostura con que iban los niños, y se les informó ser todo ello debido á la caritativa obra de las Escuelas Pias, cuyo instituto tenia por objeto la enseñanza y educacion de los niños en todo género de virtudes y letras, y sus religiosos se obligaban á ello con voto solemne sin salario ni estipendio alguno, y solo por amor de Dios.

Con estos informes fueron á visitar las escuelas del colegio de Zaragoza, y su buen órden y fácil método les sorprendió aun mas; quedando tan prendados que indicó el conde á los religiosos sus deseos de que su patria Valencia, donde se albergaba un pueblo numeroso de la clase artesana, y por consiguiente sin

(1) D. Felipe Lino de Castellví Juan Ximenez de Urrea, conde de Carlet y de Benimodo, baron de Tous y de Terranova, señor de Masalet y de la casa real de Pintarrafes, etc.

(2) D. Ignacio de Idiaquez, Navarra, Loyola y Córdoba, duque de Granada de Ega, conde de Xavier, marqués de Cortes y de Valdetorres, vizconde de Zolina, de Muruzalen y de Andoyn, mariscal perpétuo del reino de Navarra, señor de las villas de Riveros, Rada, etc.

facultades para recibir una buena educacion, lo alcanzase por su medio. Comunicó tambien estas ideas á varios de los caballeros con quienes se trataba, y entre ellos á D. Martin de Altariba, regidor perpétuo de aquella ciudad, que habia promovido la fundacion de aquel colegio, quien le dió cuantas noticias apetecia é informes tan ventajosos, que le rogó encarecidamente interpusiese su autoridad y valimiento para con el P. Juan Crisóstomo de San Jaime, á la sazón provincial de los colegios de España, á fin de obtener el establecimiento de un colegio en su ciudad de Valencia.

Regresó el conde á esta ciudad, y cuando los negocios y cuidados que arriba hemos indicado le permitieron ocuparse de su idea favorita, escribió á su amigo D. Martin la carta que como base, por decirlo así, de la fundacion trascribimos casi literalmente: «Muy señor mio y amigo: Deseo serlo y acreditar mi fiel correspondencia con persona de las relevantes prendas de V. S. y tan amables circunstancias, á favor del bien público, como lo acredita la intervencion que V. S. ha tenido en el establecimiento de la Escuela Pia en esa ciudad de Zaragoza, mi patria, que observé con veneracion y generosa envidia á V. S., rogándole me dispense la molestia por mis buenos intentos. En Noviembre de 1735 estuve en esa ciudad, aunque pocos dias, y viendo el sumo bien que logra con la fundacion de los padres de la Escuela Pia, cuyas aulas visité, quedando gustosísimo y con ansia de solicitar igual felicidad para Valencia, y como V. S. se me ofreció tan bondadosamente le ruego contribuya con su interposicion para que el reverendo padre provincial envíe un religioso á esta ciudad para acudir al remedio de tanto niño pobre como se pierde por estas calles; y pregunte por mí, que no le faltará posada. La ocasion es buena, porque nuestro actual corregidor Don Arias Campománes es sábio, justo y de gran cordura en todo; y lo mismo Don Juan Verdes Montenegro, intendente interino: los creo propicios, aunque nada saben todavía; pues discurro que esta materia requiere el silencio que la gran comprension de V. S. conoce: solo me he esplicado con algunos regidores mis mas confidentes compañeros, que se muestran muy deseosos de coadyuvar á tan cristiana y relevante fundacion: por lo que suplico á V. S. que con su valimiento con el P. provincial alcance la venida de algun padre cuando bien visto le pareciere, confiriendo tambien esta dependencia con los sugetos que guste para facilitar el feliz logro, lo cual por mis ocupaciones, que V. S. sabe, no he podido antes trascribir á V. S., de cuyo cristiano celo y prudencia fio la disculpa, rogando á V. S. me egercite en su mayor agrado, y á nuestro Señor que me la guarde. Valencia 11 de Diciembre de 1736. B. L. M. de V. S. su mas apasionado servidor y amigo, el conde de Carlet.»

En 23 del propio mes escribió D. Martin al P. provincial que se hallaba en Madrid recién llegado de Roma, con ocasion del capítulo general, incluyéndole la carta del conde, y espresándole que las prendas naturales de éste, el pertenecer á la primera nobleza de la ciudad, su posicion en el cuerpo municipal, y hallarse muy querido de sus paisanos, facilitaria indudablemente la fundacion en el vergel de España; así que le rogaba enviase algun padre con disposicion para ello, que á su entender debería serlo el P. Ignacio de San José.

Estuvo algunos dias dudoso el P. Juan Crisóstomo, pues consideraba las grandes dificultades que deberían suscitarse, pero por fin se decidió á tamaña empresa, y el dia 28 de Enero de 1737 envió con el hermano Gaspar de la Visitacion, religioso de la obediencia, pero sugeto muy entendido, la patente de

delegado provincial y demás documentos conducentes para el referido P. Ignacio de San José que se hallaba de rector en el colegio de Albarracín, escribiéndole todo lo ocurrido; que para ir allanando dificultades había visitado al señor inquisidor general y arzobispo de Valencia D. Andrés de Orbe y Larreategui, á quien había hallado muy propicio, por lo cual le encargaba no perdiese tiempo, llevándose para su asistencia y demás que necesitase al espresado hermano Gaspar.

Con arreglo á este mandato dispuso el P. Ignacio su viage; salió de Albarracín el 18 de Febrero y llegó á esta ciudad de Valencia el 22 del mismo, yendo á parar al meson ya llamado entonces de San Cristóval, á lo último de la plaza del Mercado, junto á la calle de la Bolsería, donde á poco rato pasó á visitarles mosen Francisco Lopez, hermano carnal del hermano Gaspar, quien con permiso de la señora Josefa Bonilla, viuda de Gerónimo Navases, en cuya casa se hallaba de capellan, se los llevó á ella para que estuviesen con el decoro y cuidado correspondientes. Fueron á ver al conde el dia siguiente 23; y aunque este caballero deséo retenerlos en su compañía, prefirieron la quietud de la casa en que ya habitaban, y despues de una larga conferencia en que echaron de ver el estado del negocio, resolvieron empezar desde luego su mision por visitar á los primeros personajes de la ciudad, poniendo en su conocimiento el objeto de su viage, é ir explorando los ánimos, principiando por el comandante general interino D. Plácido Sangro, caballero napolitano, quien les ofreció todo su valimiento, y lo mismo el intendente interino D. Juan Verdes Montenegro, natural de Galicia: siguiendo con D. Arias Campománes, corregidor tambien interino, natural de Asturias. Este se hizo esplicar muy detenidamente el objeto de su venida, las bases del nuevo instituto, del que dijo tenia algunas noticias muy confusas, les pidió los despachos que los acreditaban, y los despidió con poquísimo agrado: el tiempo acreditó la prudencia de esta conducta cautelosa y que tenian en él uno de sus mayores protectores, pues en las varias conferencias que tuvo con ellos siempre á horas escusadas, les patentizó las dificultades que encontrarían y el modo de vencerlas, que facilitó sagazmente, como diremos mas adelante. Siguieron luego viendo al vicario general D. Pedro Arenaza, que se mostró algo ofendido de que no se le hubiesen presentado antes que á los gefes seculares, pero quedó satisfecho con la contestacion que le dieron de haber estado con puntualidad y no encontrádole en casa: luego á los señores regidores, de los cuales algunos, como D. José Palavicino, D. José Ramon y D. Miguel Ferragut se mostraron muy complacientes; y por el contrario muy opuestos á la fundacion escudados con las razones generales de haber ya sobradas comunidades, muchos clérigos y muchos frailes, al C. de A., á D. F. D. y otros. Los señores regente y ministros de la real audiencia ofrecieron su proteccion, y varios señores canónigos, particularmente D. Gerónimo Monsoriu, prebendado, D. Vicente Gregori, magistral, D. Teodoro Tomás, penitenciario, coadyuvar con todo su favor; y D. José Zorrilla, presidente del tribunal de la inquisicion, les ofreció además el facilitar que se les cediese una pequeña iglesia y edificio adjunto llamado la Cruz Nueva, situado á espaldas del colegio del Señor Patriarca, que ya en algun tiempo había servido de escuela.

Hechas estas diligencias preliminares pareció al conde era ya tiempo de formar el memorial pidiendo á la ciudad el permiso para la fundacion, y aunque el P. Ignacio lo consideraba todavía prematuro cedió á las instancias de aquel

señor, y lo formuló con las razones generales y particulares, de la utilidad y conveniencia del instituto para esta ciudad; se repartieron egemplares á los señores regidores, secretario D. Tomás Tinagero de la Escalera, abogados consistoriales, y al corregidor D. Arias Campománes, á quien no habiendo hallado en casa lo recibió un criado que se olvidó de dárselo á su amo.

Llegado el jueves, día de ayuntamiento pleno, antes de constituirse en sesión, se habló del memorial presentado por los padres, lo cual sorprendió al corregidor D. Arias que nada sabia, según hemos indicado, pero como hombre prudente escuchó á todos, y observando que la mayor parte propendian abiertamente porque se denegase; al tiempo de dar cuenta mandó se reservase su lectura para otro día, y continuando en la palabra, dijo: que según tenía entendido era un negocio muy grave que requería tener á la vista otros antecedentes, y que al efecto él mismo se encargaba de escribir para ello á los amigos que tenía en Madrid, Zaragoza y demás puntos donde ya era conocido el instituto, con otras razones que contentaron á todos; á los amigos, porque esperanzaban lograr alguna ventaja en esta dilación; y á los que no lo eran porque les daba un respiro en su grave compromiso. Imágen harto fiel esta sesión, de lo que sucede casi siempre en tales ocasiones; adoptar la medida de Quinto Fabio cuando no se tiene la suficiente energía para sostener una opinión.

J. M. Zacarés.

EL DOCTOR HUBERTI.

(Del *Courrier français*.)

SERIAN las once de una de las noches frías de Diciembre de 1845, cuando el doctor Huberti se retiraba á su casa, en el arrabal de San German. Ya tenía la aldaba de su puerta en la mano para llamar, y de repente se vió asido por un brazo vigoroso, y rodeado al mismo tiempo de tres hombres enmascarados. Estaba la calle desierta; y sin armas el doctor, creyó que sería inútil la resistencia; mas cuando se preparaba á entregar á estos bandidos su dinero, dándose con ello por bien librado, el que le tenía del brazo le dijo muy comedidamente:

—¿Sois, según creo, el doctor Huberti?

—¿A qué he de negar lo que sabeis? contestó el doctor: vamos, tomad mi bolsillo y mi reloj; dejadme entrar en mi casa, y marchaos.

—Doctor, dijo incomodado el interlocutor, ¿con quién pensais hablar? no somos ladrones; venimos á exigir un servicio de vuestra facultad.

—¡Pues es hora singular para llamarme!

—Para un cirujano hábil, toda hora es buena para hacer una operación.

Fijó entonces la atención el doctor, y parecióle que sus tres clientes mas bien vestían trage de baile, que no los que regularmente visten los salteadores de camino real.

—Tened la bondad, señor doctor, continuó el desconocido, de que marchemos en seguida.

—Dejadme, pues, señores, avisar antes á mi muger.

—No es posible.... hemos de marchar al momento, y habreis de permitir que se os venden los ojos.

—¡Señores!...

—Menos palabras, y adelante, dijo entonces otro de los desconocidos.

Dieron un silbido, y apareció por una calle estrecha un coche: los tres hombres y el doctor subieron en él, y principiaron á correr al galope los caballos.

Mr. Huberti vió entonces cuán inútil le seria dar voces, y sin remedio tuvo que resignarse á esta misteriosa violencia. Dos horas pasaron sin hablarse una palabra sus compañeros de viage, y al hacerlo lo fue en una lengua que no pudo entender el doctor.

De repente pasa el coche por bajo una bóveda ó arco, segun demuestra el eco; óyese abrir una verja, y se entra.

—¿Y bien?... dijo con ansiedad la persona que la abrió.

—Ya está aquí, contestó uno de los enmascarados; y tomando al doctor por la mano, le ayudó á bajar. Subieron en seguida algunos escalones, indicando el aire á Mr. Huberti que era una escalera exterior; ábrese luego una puerta, y se atraviesa una pieza, un vestíbulo le parece ser al doctor, y luego otras salas ó departamentos, cuyas paredes estaban cubiertas de tapices.

En fin, se llega á un punto adonde el guía dice á Mr. Huberti:—Doctor, hemos llegado; podeis ya destaparos los ojos.

Este, á quien una curiosidad desasosegada y una indefinible aprehension habian reemplazado al terror, obedeciendo se encuentra con que está en una pequeña sala, adornada con extraordinario lujo, y solo alumbrada á media luz, por la que despedia una lámpara de alabastro que colgaba del techo. Las cortinas de las ventanas estaban corridas con cuidado, como igualmente las de la alcoba que ocupaba el fondo de esta pieza.

En ella el doctor se vió solo con uno de los tres hombres desconocidos que le sorprendieron. Era de elevada estatura, de aspecto noble é imponente, y vestido con elegancia. Sus ojos negros brillaban al través de la careta, que solo le cubria medio rostro, dejando ver en sus labios un temblor convulsivo, y una espesa barba que completaba esta figura.

—Doctor, dijo secamente este hombre, preparad lo necesario.... Vais á hacer una amputacion.

—¿Y en dónde está el enfermo? preguntó Mr. Huberti, dando un paso hácia la alcoba, cuyas cortinas se menearon un poco, oyéndose un ahogado suspiro.

—Sacad los instrumentos, repitió el enmascarado.

—Pero señor, repuso Mr. Huberti, ¡es preciso que yo vea al enfermo!...

—No es necesario, dijo el hombre; vereis la mano que se ha de cortar.

Mr. Huberti cruza los brazos, y mirando fijamente á su interlocutor,—Caballero, le dice con entereza, para conducirme aquí se ha empleado la violencia; cualquiera puede exigirme los servicios de mi arte; yo respeto los secretos, y hasta olvido que se me ha amenazado; pero si es que vais á cometer un crimen, habreis podido violentarme á seguiros, mas no lograreis hacerme cómplice en él.

—Cortad, le dijo el hombre, que no se comete ningun crimen. Y cogiendo

al doctor por el brazo, se acerca á la alcoba mostrándole una mano por entre las cortinas. — Esta es la mano que vais á amputar.

El doctor la toma con la suya, y al tocarla notó cómo temblaban los dedos. Era una mano de muger, pequeña y bien modelada, y un rubí magnífico rodeado de diamantes, que adornaba uno de sus dedos, hacia resaltar mas su blancura. — Caballero, dijo el doctor, esta mano no necesita amputacion alguna : nada noto en ella....

— Y yo os digo, grita el hombre con voz terrible, que si el cirujano rehúsa.... yo mismo haré su oficio.... Y agarrando una hacheta que estaba al pie de la cama, coloca la mano sobre la mesilla de noche, y se disponia á egecutarlo.

El doctor le detuvo.

— Haced, pues, vuestro oficio, dijo el hombre.

— Pero señor, ¿esto es atróz! esclama el pobre Huberti.

— ¡Qué os importa! Debe hacerse así.... Yo lo quiero.... y esta señora.... tambien lo quiere.... Si quereis que ella os lo diga, ella lo hará.... Pedidle, señora, al doctor este servicio.

Mr. Huberti pálido, pasmado, iba á desfallecer : una voz medio estinguida sale de la alcoba, y con un acento desesperado y de resignacion,

— Señor, dijo, ya que sois cirujano.... Sí, yo os suplico.... á vos, ó quien sea.... ¡á vos, á vos! ¡por piedad!...

— ¿Lo oís?.... Vamos, doctor, dijo el hombre; vos ó yo.

Esta resolución era terrible é implacable; el ruego de aquella muger infeliz, desesperado y penetrante, decidió por fin al doctor, que creyó servir á la humanidad obedeciendo á la que miraba como víctima.

Saca el instrumento, no sin primero implorar de nuevo la gracia del desconocido, quien por única respuesta le enseña la alcoba; y con el corazon oprimido, sudando, de agonía, haciendo un esfuerzo sobrenatural, acerca el hierro á la muñeca. Dos veces retrocede su brazo temblando.... la sangre, en fin, salta.... Un grito se oye en la alcoba, al que sucede despues un silencio de muerte. El desconocido estaba derecho é impasible. La obra se habia consumado, y la mano y el hierro cayeron al suelo á un mismo tiempo. Pasmado el doctor miraba aterrificado á aquel hombre, que friamente se baja y toma la mano, quita del dedo la sortija mencionada, y presentándola al doctor, — Tomad, le dice, esta memoria : no os la pedirá nadie.... Despues, alzando la voz, dijo : Ya está hecho.

Inmediatamente entraron los otros dos enmascarados, vendaron de nuevo los ojos al doctor, salieron todos por donde entraron, y el coche le puso otra vez á la puerta de su casa. Quitóse la venda cuando le dejaron, y todavia pudo divisar entre las sombras el carruage que huía á lo lejos. Eran las cinco de la mañana.

Habian trascurrido ya tres meses, y en vano el doctor Huberti trataba de descubrir el misterio de esta terrible aventura. Sin la sortija, irrecusable prueba de la realidad, casi habria creído que todo debió ser un juego para alucinarle. Esperando, pues, que esta prenda, único testigo que conservaba de la terrible noche, vendria dia que tal vez aclararia el suceso, la colocó y la llevaba siempre en la cadena de su reloj.

Anteayer (6 de Marzo de 1846) fue convidado el doctor á un baile, que

la condesa de P... daba en su palacio de la calle de Varennes. Toda la nobleza asistia á esta fiesta, y los primeros personajes de Francia se honraban de alternar con los mas ilustres de la diplomacia alemana. El doctor Huberti habia notado desde el principio de la funcion, que un jóven, pálido y de vista melancólica, aparecia de vez en cuando como si buscase á álguien con ansia en el salon, retirándose despues tristemente.

En uno de estos casos acertó á fijar sus miradas en Mr. Huberti. Sus ojos, que maquinalmente los dirigió al doctor, clavólos despues horrorizado en la sortija de su cadena; y atropellando un grupo que lo separaba de él, agarróle del brazo descortesmente, y á las palabras que Mr. Huberti le dirigió con mesura, le contestó con un bofetón.

Considérese el desórden que produciria esta escena. Mañana se baten Mr. Huberti y su agresor. Nada tiene de particular que escribamos este lance, que todo París conoce. Cuando la policia leerá este folletin, ya se habrá efectuado el desafio, y probablemente las esplicaciones que se habrán dado estos dos señores, aclararán este misterioso *quid pro quo*, y la triste historia en que ha sido uno de los actores el doctor Huberti (1). — J. O.

POETAS DE LA ANTIGUEDAD.

HOMERO.

EL divino cantor de la Iliada y de la Odyséa es tenido universalmente por el primero de los poetas. Sabido es que siete ciudades del Asia menor se disputaron la honra de haberle servido de cuna. «Todo respira», exclamaba Pope, todo

(1) En vano los estrangeros, especialmente los franceses, en sus novelas y dramas han procurado imitarnos. ¿Qué es si no una ridícula parodia del *Médico de su honra*, de Calderon, la *Angela*, de Dumas, y el asunto que nos ocupa? ¿Qué su decantada *Teresa* sino *El Viejo y la niña*, de Moratin? ¿Cómo comparar las novelas de Ana Radcliff con las de Doña María de Zayas? Ciertamente que no presentarán en ese género un *Prevenido engañado* y un *Lisardo el Estudiante*, cuadros que al mas puro romanticismo no le fuera fácil imaginar. Se toma en general de allá y acullá de nuestra literatura; se zurce una fábula ó enredo, involucrando muchas veces con ellos la verdad histórica, á quien se pone en tortura; y el interés que lograron despertar en un principio ó en la esposicion de sus dramas, pierde y va decayendo en su lánguida marcha, y el desenlace ó catástrofe es frio, inverosímil, si ya no es que para salvar estos inconvenientes, y es lo único que podría coronar este imperfecto cuadro, se echa mano de un veneno, un puñal ó un desafio.

Por tal tenemos el suceso de *Mr. Huberti*, que adrede hemos traducido en comprobacion de esta verdad. Fatal imitacion del *Médico de su honra*; pero sin el correctivo final del drama, ni las reglas del decoro, y sobre todo sin una leccion de sana moral.

No pocas veces tuvimos que recalcar á martillo, y hasta variar algunos pasajes para hacerlos verosímiles al traducir *La Mancha de sangre*, antes de estrenarse en este teatro, y al hacer aun nueva traduccion de la *Angela* entre las de Bausá y Hartzembusch. Somos los españoles demasiado linceos en ciertas escenas; y una sola palabra, una indicacion sola es suficiente, despues de una situacion delicada, á convertir en risa un cuadro que debia enternecer: defecto que, á pesar de todo, no pudo evitarse en el último de dichos dramas al descubrirse madre é hija su singular y terrible posicion.

siente, todo obra en este poeta." Es, segun Aristóteles, el único poeta que ha escrito *palabras con vida*; y los antiguos creian que todos sus autores trágicos no eran mas que imitadores de Homero. Alguno de ellos decia de las tragedias de Eurípides: «estos son los restos de un festin de Homero, que un convidado se lleva á su casa.»

Los poemas de Homero parecieron primero en piezas sueltas, en cuyo estado permanecieron largo tiempo, segun Eliano, y bajo diversos títulos, como la *batalla junto á los navios*, la *muerte de Dolonte*, la *valentia de Agamemnon*, la *Patroclia*, la *gruta de Calypso*, el *asesinato de los amantes*, etc. Llamábanlas *Rapsódias*, y á los que las cantaban *Rápsodas*; y los griegos mostraron tanto mas ahan y empeño en transcribir estos poemas, cuanto que veian eternizarse en ellos la gloria de sus héroes.

Pisistrato, tirano de Atenas, aquel cuya elocuencia y saber admiraba Ciceron, fue el primero que reunió los poemas de Homero, y dividió la Iliada y la Odyséa, segun el designio del autor, clasificando estos diversos poemas en veinticuatro libros, que despues se designaron por las letras del alfabeto. En tiempo de Alejandro, la ignorancia ó la mala fe de los copistas habia plagado de faltas la Iliada, y este monarca dispuso que Anaxarco y Calistenes hicieran una edicion exacta. En ella, segun se dice, trabajó él mismo, con tanto mas empeño, cuanto que ambicionando pasar por hijo de Júpiter, deseaba hacer todo lo mas comun posible un libro, en que reinaba un comercio familiar entre los dioses y los mortales. Concluida esta edicion corregida, quiso tenerla siempre en su poder, y la encerraba en una rica arquita, encontrada entre los despojos del rey Dario; y este es el origen del nombre de la *edicion de la arquita*, que se ha dado á esta edicion de Alejandro.

El Egipto admiró los escritos de Homero, y los Tolomeos, protectores declarados de las ciencias y las artes, comisionaron á muchos sábios para que revisaran con la mayor exactitud la Iliada y la Odyséa. El famoso Aristarco fue el que mas se distinguió en este trabajo, y su crítica fue tan juiciosa y bien entendida, que á pesar de los censuradores, toda la antigüedad lo ha respetado y considerado hasta el punto de consagrar su nombre para designar toda crítica imparcial y sabia, así como el de Zóilo, á quien se le antojó en aquel tiempo escribir contra Homero, sirve para señalar todo censor envidioso é injusto.

El cantor de la Iliada y la Odyséa ha sido mirado siempre, no solo como el padre, sino tambien como el dios de la poesia. El primero que se atrevió en Francia á alzar la voz contra el grande Homero fue el abate Boisrobert, tan célebre por el favor de que gozaba con el cardenal Richelieu, el cual comparaba al divino poeta con esos cantores ambulantes que recitan sus poesías en las calles y sitios públicos. A éste se unieron Desmarets de Saint-Sorliu, y en seguida Carlos Perrault, autor de los *Paralelos de los antiguos y los modernos*. El temible Despreaux permanecia, entre tanto, en silencio; y esta indiferencia en un hombre, cuya bilis se exaltaba tan fácilmente al menor ataque contra el buen gusto y la razon, llamó tanto la atencion del príncipe de Conti, que dijo una vez que iria á la academia francesa á escribir sobre el sitio de Despreaux: *Tú duermes, Bruto*. El satírico despertó al fin, pero sin quererse entretener en defender á Homero contra las superficiales críticas del autor del *Paralelo*, se limitó únicamente á poner de manifiesto los yerros de este ridículo antagonista, y la disputa terminó por reir á espensas de Perrault. Hondant de la Mo-

the renovó despues la cuestion, tradujo á Homero en versos franceses, é hizo una *crítica razonada*. La marquesa de Lambert, el abate Terrason y el abate de Pons se pusieron de su parte contra los defensores del poeta griego, á cuyo frente se hallaba la sábia Mad. Dacier. Otros escritores tomaron parte en esta disputa, solo para burlarse de los dos partidos. Tambien se escribieron saines, y los actores de la Feria representaron el de *Arlequin defensor de Homero*, en el cual Arlequin sacaba respetuosamente la Iliada de una caja, cogia sucesivamente por la barba á los actores y actrices, y se las daba á besar en desagravio de los ultrages hechos á Homero. Pareció, además, una estampa que representaba un borrico paciendo sobre la Iliada, y por debajo este verso satírico contra la traduccion de la Mothe, que habia reducido la Iliada á doce cantos:

Doce libros comidos, y doce estropeados.

Los alemanes han escrito despues muchísimo para probar que no existió Homero. Podrán además suscitarse todavía disputas sobre el divino poeta, que tiene muchas cosas criticables, y que *tambien duerme algunas veces*, como dijo Horacio; pero son tantas las bellezas que adornan sus poemas, que las críticas todas pasarán, y él solo quedará.—*R. de C.*

UN MISTERIO *.

En seguida leyó lo siguiente:

«Señor mariscal, me veo precisado á deciros con sentimiento que pasan cosas estrañas en casa de la señora duquesa. Varias veces he visto, al hacer la ronda de por la mañana, huellas de pisadas de hombre impresas en la arena de la calle que conduce al *capricho*, donde habita la señora duquesa.

«Hace ya algunos meses, precisamente al otro dia de haber venido el señor mariscal por la noche á ver á la señora duquesa, que me causó mucha novedad ver rastros de sangre desde el pabellon hasta los patios del palacio; pero la señorita Rosa, la camarera, me dijo que el señor mariscal se habia herido gravemente, probándose en la mano la hoja de un puñal que creia no estar afilado, y no volví á pensar en ello. Mas hace ocho dias me encontré en el cuadro de flores, que hay al rededor del pabellon, el paquete de cartas que os acompaño, porque al ver que están dirigidas á la señora duquesa, he creido que podian interesaros.

«Dignaos disimulármelo, si me he engañado, señor mariscal, y creed en la sincera adhesion de vuestro muy humilde y apasionado servidor — Pedro, guarda del palacio de la reina de Holanda.”

Pálido de ira, y temblando de rabia, abrió el duque de A.... la primera de aquellas acusadoras cartas, buscando ante todo una firma, como objeto de su venganza; pero no la tenia, y solo leyó en ella claramente la prueba de una intriga, ó mas bien de una ardiente pasion, de que era cómplice la duquesa, siendo las siguientes palabras las que principalmente escitaron su curiosidad y su furor.

* Véase la *Revista* anterior.

«Siempre cubrirá un misterio impenetrable lo que vos sabeis, Estefanía; solo una persona en el mundo lo podía descubrir, mas ya vereis en mis próximas cartas los medios con que me he asegurado de su silencio....»

El duque lo iba á descubrir todo, porque las cartas á que esto se referia debian ser las que tenia en la mano, y el nombre de su rival debia tambien estar en ellas. Ya se creia próximo á saber adónde debia dirigir el golpe, cuando se oyó en el campamento un violento tumulto, toques de generala por todas partes, y correr los oficiales en tropel á la tienda del mariscal: el enemigo, á quien se debia atacar, habia tomado la ofensiva, y caia de improviso por todas partes sobre el ejército francés. El ofendido esposo volvió á ser al momento el gran guerrero; todos sus disgustos privados desaparecieron ante los deberes del general, y la gloria del ejército, la salvacion de sus tropas, borraron hasta las siniestras huellas de odio y furor, que pocos instantes antes se veian en su rostro. Recobrando desde luego el duque su serenidad y sangre fria, tomó su espada, dió sus órdenes, asignó los sitios, indicó las posiciones que se debian tomar, y restablecido el orden en las filas á la voz del mando supremo, cada uno ocupó su puesto, y al rededor de la tienda del mariscal se formó un inmenso cuadro de tropas. El duque en un momento guardó el dinero, y los papeles reservados que no podia abandonar al acaso, y recogiendo en seguida con gran cuidado las funestas cartas que acababa de recibir, las colocó en uno de los bolsillos mas seguros de su uniforme con un movimiento de furor, saltó sobre su caballo de batalla, y corrió al combate.

Terrible y admirable espectáculo fue el de aquella oscura noche, en que solo chispeaban primero algunas hogueras del campamento próximas á apagarse, y que iluminaban luego por intervalos los fuegos de la fusilería, y las llamas de los cañones, volviendo á quedar todo en seguida en profunda oscuridad. Los franceses, sorprendidos de pronto, habian recobrado muy luego la imponente y regular actitud, que jamás turbaban sino momentáneamente los mas imprevistos ataques; y el enemigo, que creia hallar adversarios desordenados, encontraba aterrado filas de bayonetas compactas, piezas de artillería estratégicamente colocadas, y soldados preparados para vencer, en vez de tropas llenas de espanto y dispuestas á la fuga. Los dos ejércitos no se conocian en la oscuridad de la noche sino por los fuegos esparcidos de sus pelotones, y aquel combate nocturno, en que cada uno podia acometer á los suyos creyendo hacerlo á sus enemigos, fue uno de los episodios mas terribles de tan sangrienta y mortífera guerra.

Muy luego se hizo general la lucha, peleando con igual ardor los combatientes, pues unos defendian su patria y los hogares de sus padres, y los otros querian vencer ó morir, porque el emperador lo habia mandado así. Los españoles rechazados un instante, recobraron de pronto la superioridad: nuevos refuerzos mandados por el general Santocildes, distribuidos hábilmente sobre las alas del ejército francés, y que el mariscal no suponía tan próximos, cayeron de repente sobre nuestras tropas, é introdujeron en ellas el desorden y la muerte. El duque de A.... vió perdida la batalla, y no escuchando mas que su indomable valor, se precipitó, seguido de algunos oficiales, en medio de un cuerpo enemigo, para atravesarlo y reunir sus tropas que se empezaban á desbandar. Abriéronse sus filas ante el general y los suyos, pero fue para cerrarse al momento; y rodeados de una muralla de hombres, ceñidos por una línea de fusiles asesta-

dos contra sus pechos, se defendieron aquellos valientes con magnífica sangre fría, descargando golpes en las tinieblas, y no conociendo su efecto sino por los gritos y gemidos de sus víctimas. Pero el número debía al fin vencer; el número repetimos, esta razón brutal, que con tanta facilidad da la victoria, triunfó de tanto heroísmo y valor, y aquellos nuevos espartanos cayeron todos en aquellas otras Termopylas de hierro, en que se habían empeñado siguiendo á su jefe.

El mariscal era el único que quedaba todavía montado, y contando, con razón, con el prodigioso ardor de su caballo, que se escitaba con el ruido y la pólvora, lo levantó de manos con un violento esfuerzo, y el generoso animal, arrollando con un golpe de pecho los enemigos mas cercanos, brincó por encima de dos filas de hombres, y libertó así á su amo del mas inminente peligro que hubiera corrido nunca. Los españoles sorprendidos hicieron una descarga sobre el mariscal, cuya rápida carrera acompañó una nube de balas, sin que ninguna le tocara; y otra vez volvió á salvarse uno de los mejores generales del imperio. Pero el ángel de los combates no veló por él mucho tiempo, y el hombre, á quien un acaso providencial habia preservado de las mil muertes que lo rodeaban, debía caer herido por la bala aislada de un soldado fugitivo.

Mientras que el mariscal, cercado por todas partes, defendia su vida contra enemigos encarnizados, habia vuelto á cambiar de aspecto la suerte de la batalla general. Los franceses, haciendo un supremo esfuerzo, acababan de rechazar á la bayoneta á los batallones enemigos que los atacaban, al mismo tiempo que la artillería, mandada por el general Vergés, hacia estragos en las filas españolas, que se desordenaron muy pronto, habiendo sido completa su derrota. Un tirador enemigo, creyéndose perseguido por el mariscal que volvía á reunirse con sus tropas con toda la velocidad de su caballo, le hizo fuego de tan imprevisto modo, que entrándole la bala por el costado, lo derribó violentamente, y fue á caer sobre un monton de cadáveres, entre los que quedó como sepultado. Desmayado algun tiempo, solo volvió en sí para conocer todo el horror de su suerte: la sangre que salía á borbotones de su herida, aceleraba á cada minuto su fin; un velo sangriento cubria su vista; su oido percibia todavía el vago y lejano rumor del combate que tocaba á su fin; pero aquel rumor claro y perceptible primero, se cambió despues en un zumbido sordo, que turbó cada vez mas sus debilitadas facultades. Un pensamiento único, firme, claro, distinto y poderoso habia en su imaginacion, ¡ la venganza!... ¡venganza de la traicion de la duquesa, cuyas pruebas tenia guardadas junto á su corazon, y cuyos infames pormenores iba á descubrir! La mengua de una derrota, la muerte de sus valientes tropas que creia realizada, todo desaparecia ante el temor de perder la ocasion de esta justa venganza, que le iba á robar la muerte, y este extraño y horroroso suplicio se agregaba á los atroces dolores que sufría. Ahogado en aquel vasto océano de muertos y moribundos, se confundía su sangre con la de ellos; las últimas convulsiones de los que espiraban á su lado, los hacia caer sobre él alguna vez, y solo con infinito trabajo y horribles padecimientos podia impedir que lo sofocaran con su peso.

La noche estaba todavía oscura, y pocas horas habian bastado para dar una nueva victoria á la Francia, y cubrir la tierra con quinientos cadáveres. El mariscal habia logrado, á costa de inauditos tormentos, incorporarse apoyado sobre el brazo izquierdo, y su vista casi apagada, queria penetrar el sombrío espacio

que lo rodeaba para descubrir en él quien lo salvara. De pronto apareció en el horizonte de aquella sangrienta llanura, una luz débil, incierta, que iba y venia, se paraba, volvía á andar, y el duque, que la deseaba con todo su corazón, la vió al fin acercarse: era una linterna que llevaba un hombre acompañado de otro, ambos como paisanos armados, cuyas siniestras figuras, iluminadas por aquella amarillenta luz, hacia mas repugnantes la feroz espresion de sus facciones. El mariscal los vió dirigirse á un monton de muertos y moribundos, y oyó que despues de reconocerlos con la luz, dijo uno de ellos en español, lengua que le era familiar:

—No hay aquí una sola charretera: todos son soldados y miserables que no tienen dinero ni alhajas.

Al momento conoció entonces la profesion de aquellos bandidos, cuervos viles, aves infames de rapiña, atraidos por el robo á los campos de batalla, para despojar á las víctimas y espoliar á la muerte. Ambos se acercaron adonde estaba el duque, indefenso y sin fuerzas, y como la menor señal de vida era una sentencia segura de muerte, cruzó los brazos al rededor de su pecho, haciendo un inmenso esfuerzo, cerró los ojos, y esperó el resultado.

—¡Caramba! dijo el tunante que aun no habia hablado, al descubrir las insignias del mariscal, ¡aquí hay por fin uno!... sus bolsillos deben estar bien provistos, y este buen muerto pagará por los otros.

Y uniendo la accion á la palabra, metió brutalmente las manos en los bolsillos del moribundo, y sacó una bolsa llena de oro, diciendo:

—Gracias á Dios, Pedro, mira que buena herencia.... y estas charreteras además, que son sin duda de oro fino.... y se las arrancó en seguida.

—Yo tiento algo mejor que eso, replicó el otro, palpando el pecho del mariscal; papeles, billetes de banco tal vez.... y empezó á forcejear para separar los brazos que el mariscal apretaba convulsivamente.

Porqué todo estaba allí: aquellas cartas tan preciosas para su furor, aquellas cartas, que por leerlas hubiera dado cuanto poseia en el mundo, iban los miserables á quitárselas.

—El muerto se resiste, dijo Pedro.... ¿si estará solo medio muerto?... En ese caso seria una obra de caridad rematar al pobre diablo.... Dame tu cuchillo, Pedro, y le haré este corto favor.

—¿Para qué hemos de ensuciar mi cuchillo, y perder el tiempo en ello? contestó Nuñez: tenemos otros quehaceres: además, dijo, arrancando con fuerza los papeles ocultos bajo el uniforme, que ya tengo aquí el gato. Deja al francés que se lo lleve el diablo solo; y á fe que como tarde mucho, allá abajo veo venir un tren de artillería, que no puede dejar de pasarle por encima, gracias á la infernal noche que nos ha dado el demonio.

Ambos se marcharon en seguida, y el duque, levantando con gran trabajo el brazo derecho, é introduciéndolo con un violento y doloroso esfuerzo en su uniforme entreabierto, dijo con voz cadavérica:

—¡Malvados! gracias al cielo solo me han quitado el dinero. ¡Las cartas están aquí!

Y volvió á caer moribundo sobre la tierra humedecida con su sangre, cuando ya el tren de artillería se aproximaba.

IX.

Sacrificio.

Dios solo supo lo que hablaron en la casa de la calle de San Guillermo Antonio Daquin y el caballero de San Lorenzo. ¿El *tentador* Daquin habia triunfado de la indignacion del caballero? ¿Habia seducido, ablandado, vencido su rigida conciencia? Esto nos lo dará á conocer la continuacion de esta historia.

En la noche del dia siguiente al de esta entrevista, habia tres personas reunidas en el pobre salon desamueblado de la marquesa de Montaran. Sentada ésta, ciega y sorda, junto á la chimenea en un sillón viejo, único resto de los antiguos muebles, con las manos juntas, y en actitud triste y meditabunda, presentaba la mas noble é interesante imágen de la resignacion sobre la tierra. Blanca bordaba á la luz de una sencilla lámpara, cuya claridad dudosa y pálida, reflejaba sobre su cara una pantalla colocada á la altura de la cara, como en el hermoso cuadro de la *Femme á la Bougie* de Rembrandt. El caballero de San Lorenzo, colocado ante un miserable fuego que humeaba sin arder en la chimenea, tenia aquella noche un aire respetable y formal, que Blanca no le habia visto nunca, y buscaba evidentemente el medio de entablar una conversacion, cuyo objeto debia ser delicado, segun los rodeos de sus frases preparatorias.

—Llega una edad, decia, en que el matrimonio es una necesidad para las mugeres, cuando ofrece la mayor parte de las condiciones del bienestar, como la consideracion y los bienes.... Por desgracia, nada hay completo en el mundo.... Es preciso contentarse con lo que mas se acerque á ello, y tenerse además por dichoso cuando pueda, sobre todo, proporcionar la felicidad de lo que se ama.

Durante este elocuente trozo, que el caballero parecia dirigir á los dos tizones de la chimenea, aunque indudablemente era á Blanca, á quien no miraba, no habia advertido el buen señor que la jóven se habia levantado de su silla, y que despues de haber ido de puntillas hasta el sillón de su viejo amigo, habia colocado su linda cabeza rubia por encima de su hombro izquierdo, desde donde su fresca y aniñada voz murmuró, casi alegremente, estas palabras á su oido:

—Nadie se niega á casarse, *mi buen papá*, que era como le llamaba Blanca; si me encontrais un marido jóven y buen mozo para mí... y rico y bueno para mi pobre madre....

—Ya está encontrado, hija mia, ya está encontrado, respondió el caballero, y de ti sola depende estar casada dentro de ocho dias.

T. por D. R. de C.

(Se continuará.)

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

PRUSIA. El rey ha disuelto la asamblea nacional, que con tanta tenacidad se habia opuesto á sus órdenes, y cuya reunion era tan solo para formar una constitucion para aquel reino. La real órden se halla concebida en estos térmi-

nos: «Nos Federico Guillermo, etc. Por el informe dado por nuestro ministro de estado sobre las últimas sesiones de la asamblea nacional constituyente, hemos adquirido con el mas profundo dolor la conviccion de que la grande obra á que está llamada esta asamblea no puede continuarse por mas tiempo, sin herir la dignidad de nuestra corona, y sin comprometer el bien del pais, que le es tan inseparable. Ordenamos, pues, lo siguiente:

Art. 1.º «Queda disuelta la asamblea convocada para formar la constitucion.

Art. 2.º «Nuestro ministro de estado queda encargado de la egecucion de esta órden.»

Pero no queriendo al mismo tiempo el rey arrancar de una vez las garantías constitucionales que tenia dadas á su pueblo, ha otorgado en seguida una constitucion, encabezando el texto del modo siguiente:

«Nos Federico Guillermo, etc. Hacemos saber: Que por circunstancias extraordinarias que han imposibilitado la terminacion de la constitucion, y teniendo en cuenta razones de bien público, y á la vista trabajos preparatorios hechos por los diputados elegidos por el pueblo, hemos determinado publicar el acta constitucional siguiente, reservándonos hacer que se revise por las vias ordinarias legislativas.»

Al texto de la constitucion sigue una real órden convocando las dos cámaras que por ella se crean para el 26 de Febrero en Berlin.

AUSTRIA. El 2 del actual el emperador Fernando ha abdicado la corona imperial en favor de su sobrino Francisco José Carlos, hijo del archiduque Francisco Carlos José, hermano del emperador y de la princesa Federica Sofía Dorothea Wilhelmine, hija del difunto Maximiliano José, rey de Baviera. Tan importante acontecimiento fue comunicado á la cámara de los diputados por el príncipe Schevartzemberg, el cual subió á la tribuna, y leyó el acta de abdicacion del emperador Fernando I, estendida en el palacio episcopal de Olmütz, en presencia de todos los individuos de la familia imperial, del príncipe Windeschgraetz y del baron Jellachich. El emperador habia convocado de antemano el consejo de ministros, y acompañado de la emperatriz espuso que graves motivos le obligaban á renunciar la corona en favor de su sobrino Francisco José, despues de haberle proclamado mayor de edad. Su padre, el archiduque Carlos Francisco, hermano del emperador, ha renunciado tambien en favor de su hijo los derechos que tiene á la corona. En su consecuencia, el nuevo emperador fue proclamado con el nombre de Francisco José I.

Nació el 18 de Agosto de 1830; de consiguiente tiene en la actualidad pocos mas de 18 años.

ITALIA. *Roma.* Los revolucionarios romanos no se han contentado tan solo con haber insultado al padre comun de los fieles, disparando sus armas contra el Vaticano y atacando á sus defensores, sino que le han destituido de su poder temporal. Segun una carta de Roma del 11, se habia erigido un gobierno provisional compuesto del senador de Roma, del de Bolonia y del gonfaloniero de Ancona. El ministro Sterbini arengó al pueblo con este motivo, declarando que solo se permitira la entrada en Roma al papa en calidad de obispo de la ciudad; pero de ninguna manera á los cardenales y prelados. Al escuchar estas nuevas, parece que el pueblo se habia desparramado por las calles gritando: ¡muera el papa! ¡muera los cardenales!

El general Zucchi y el marqués Belvilacqua habian aceptado la mision que les confiara el santo Padre, y en consecuencia han marchado á Gaeta á recibir sus órdenes.

Turin. El rey, asediado continuamente por los partidarios de la guerra y del movimiento, ha confiado al abâte Gioberti la formacion de un nuevo ministerio. El nombre de Gioberti á la cabeza del gobierno piemontés indica asaz cuál será la política del nuevo gabinete sobre las dos grandes cuestiones que han ocasionado la caída de los anteriores; esto es, la continuacion de las hostilidades contra el Austria, y el establecer un pacto federal entre todos los es-

tados italianos. Estas dos cuestiones han sido, por decirlo así, hace mucho tiempo el caballo de batalla del cura Gioberti, defendiéndolas siempre con su elocuencia y entusiasmo. Falta ahora saber, si el nuevo ministro sabrá hacer la guerra tan ventajosamente como predicarla.

Sin embargo, mientras llega la época de espulsar á los austriacos del suelo italiano, la cámara de los diputados de Turin dispone ya del territorio que ocupan todavía las armas victoriosas del Austria. En la sesión del 14 ha votado por unanimidad la reunion al Piamonte de los ducados de Plasencia, Parma, Módena, Reggio y Guastalla.

Las asonadas han vuelto á agitar á Génova el 13, á los gritos de «Viva la constituyente italiana,» que parece ser hoy dia el santo y seña de los agitadores. El general Pareto, gobernador de la ciudad, es ya para ellos un traidor. Se ha tratado tambien de hacer barricadas, y armar al pueblo; pero gracias á una proclama del gefe político San Martino, liberal á toda prueba, se ha logrado calmar, por el momento, la agitacion que empezaba á tomar gran estension.

Tambien ha habido desórdenes en Florencia el 12. La municipalidad se reunió por la tarde, viéndose obligada á no separarse hasta muy entrada la noche. Se decia que los anarquistas querian entregar la ciudad al saqueo y á las llamas.

En Milan se ha levantado el estado de sitio y puestos en libertad diez individuos condenados por el consejo de guerra, y lo mismo se ha mandado en las demás ciudades del reino Lombardo-Veneto. Estas gracias han sido acordadas con motivo del advenimiento al trono del nuevo emperador. El 12 fue recibido el mariscal Radetzki con grandes vítores y aplausos en el teatro de la Scala, que se hallaba completamente iluminado, hallándose acompañado de los archiduques Alberto, Leopoldo, Ernesto y Sigismundo.

FRANCIA. Luis Napoleón Bonaparte, hijo de Luis y de Hortensia Beauharnais, ex-reyes de Holanda, ha sido elegido presidente de la república francesa por un número considerable de votos, y proclamado como tal en la asamblea nacional el 20 del actual. Se habla ya del nuevo gabinete, cuya formacion parece se ha confiado á Odilon Barrot. En la nacion vecina hasta las últimas noticias se gozaba de tranquilidad y de paz.

ESPAÑA. En Sevilla ha habido un nuevo amago de revolucion. Hé aquí lo que sobre lo ocurrido dice el *Independiente* del 21.

Cuando el número de ayer entraba en prensa, indicamos con la brevedad que nos fue posible, la agitacion que se observaba, á consecuencia de los rumores esparcidos de que la tranquilidad pública se hallaba en riesgo, por las disposiciones que las autoridades se vieron precisadas á tomar, para contraestiar las intenciones de los que parece no están en avenencia con la paz que disfrutábamos. En aquellos momentos, las noticias no podian ser mas contradictorias; pues llegó hasta decirse, que una partida centralista se hallaba á las inmediaciones.

Despues hemos visto la *Union*, periódico que creemos bien informado sobre los sucesos que anteanoche ocuparon la atencion pública, cuya version parece acreditada. Hé aquí lo que dice nuestro cólega:

«Anoche la tranquilidad pública se encontró amenazada en esta ciudad. El hecho, segun nos lo han referido, fue como sigue: Parece que noticiosas las autoridades de que se tramaba una conspiracion, habian tomado eficaces medidas para evitarla y castigarla. El plan de los conjurados era, segun parece, envenenar ó narcotizar las tropas de la guarnicion, para lo que contaban tambien con el sargento de la guardia de palacio. Con esta seguridad y la que podian prestarles dos compañías que les habia ofrecido dicho sargento, se fueron en grupos unos pocos á sorprender la escasa guardia del parque de artillería. Despues, por medio de oficios fingidos, debian convocarse á palacio todas las autoridades y gefes, y apoderarse de ellos. Como el plan era conocido de las autoridades, segun dicen, por haberse espontaneado el sargento referido, se tenian

tomadas todas las medidas para coger infraganti á los conjurados. Con efecto, á la hora convenida se apostó alguna fuerza de carabineros mandados por su bizarro comandante el señor Sartorius, y algunos de la ronda de seguridad pública, mandados por un celador cuyo nombre ignoramos. Los amotinados llegaron, se arrojaron sobre el centinela, á quien amenazaron con puñales; entonces los de la guardia acudieron con el señor brigadier de artillería D. Lorenzo Guillelmi y su hijo del mismo nombre, en cuyo momento los que acechaban acudieron; pero en medio del desorden y del fuego lograron escaparse, escepto uno que fue hecho prisionero. El Excmo. señor capitán general y el señor gefe superior político acudieron al instante con mas fuerzas.

«Por fortuna no tenemos que lamentar desgracia alguna, á pesar de que una bala rozó el cuello de la casaca del brigadier Guillelmi, y que su hijo se vió espuesto á ser víctima de un puñal con el que le hirieron una mano. Despues se ha verificado la prision de dos sugetos: el uno, que tiene un almacen de papel al final de la calle de las Sierpes hácia la plaza de la Constitucion, y el otro un tal Jurado, barbero de la Féria.

«Estos son los datos que hemos podido recoger á hora muy avanzada, los cuales nos prueban el celo de las autoridades superiores, y que no descansan los eternos perturbadores del órden público.

«Tenemos entendido que el señor gefe político no descansará hasta descubrir los causantes de estos motines, con los que será inexorable.

«La guarnicion, á cuyo frente se halla el digno y bizarro general Shelly, se ha portado con la lealtad y cordura que les ha sabido inspirar sus pundonorosos gefes, que á porfia han desplegado la actividad y energía propia de cumplidos militares.»

A mas hemos sabido, se ha formado un consejo de guerra, que deberá juzgar á los autores y cómplices de la insurreccion abortada.

La poblacion sigue tranquila y confiada: porque ésta, en cuanto tiene de algun valimiento, detesta los trastornos. Así es, que las autoridades nada han tenido que hacer: han visto la sensatez, el buen sentido, los instintos pacíficos del vecindario, que alarmado en los primeros momentos, ha despreciado despues las intentonas de esa revolucion tan mal fraguada. Si así no fuese, se habria publicado la ley marcial; mas el pueblo y las autoridades tienen sobrada confianza de que las maquinaciones de los perturbadores del órden público no pueden prosperar en Sevilla.

Los sugetos presos á consecuencia de las ocurrencias de anteanoche son: Benito García, Manuel Jurado y José de Casas, que se hallan incóunicados en la cárcel nacional.

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. Como era de esperar, la concurrencia ha sido grande durante los dias de Pascua.—*Los Polvos de la madre Celestina*, *El Monte-Cristo*, y *La Hermosa de los cabellos de oro*, son funciones populares que siempre obtienen resultados, y que encuentran eco en la multitud. La empresa hace muy bien en ponerlas en escena, toda vez que así da gusto y obtiene resultados que no logra con óperas ni funciones de otra especie.

La compañía filarmónica ha repetido *El Moisés*, que ha servido estos dias de abundante pasto á graciosos y poetas, y puesto nuevamente en escena el *Macbeth*, cuya egecucion ha sido admirable, obteniendo grandes aplausos la señora Cattinari, y los señores Gironella, Segarra, Font y demás individuos que tomaron parte. Parece que en breve se cantará *La Lucía*: á su tiempo nos ocuparemos de ella.—c. c.